

LA IDEA DE LA NACIONALIDAD CONTINENTAL
EN EL PENSAMIENTO POLITICO DEL PERUANO
FRANCISCO GARCIA CALDERON

En torno a 1910 la generación del Centenario en diversos países produjo un amplio movimiento de reflexión sobre los problemas de la América Latina (1). Se realizó entonces un balance de la historia continental. Analizando el estado sociopolítico, económico y cultural del continente se constató la dependencia y balcanización en que se hallaba y se retomó el proyecto bolivariano de creación de la nación latinoamericana mediante una segunda independencia (2).

Dado que el esfuerzo intelectual y político realizado por tal grupo generacional para construir la «nacionalidad continental» constituye un importante jalón del bolivarismo, es pertinente realizar un somero análisis y una breve valoración de la obra de Francisco García Calderón *La creación de un continente*, en los que se subrayan la originalidad de sus planteamientos latinoamericanistas y las limitaciones y contradicciones de su pensamiento político.

En su trabajo, Francisco García Calderón (págs. 225-231), en primer lugar, revaloriza la tradición bolivariana, elogiando a los creadores de la unidad continental e historiando los esfuerzos integracionistas que se produjeron en el siglo XIX cuando a través de diversos Congresos se intentó la unificación política del Continente (3). Asimismo, subraya la originalidad del continente latinoamericano, resaltando su unidad espiritual, moral (225-231), en-

(1) En este movimiento cabe incluir las obras *El Continente enfermo*, de César ZUMETA; el *Ariel*, de RODÓ (1900); *El Porvenir de la América Latina*, de Manuel UGARTE; *La evolución política y social de Hispano América*, de Rufino BLANCO FOMBONA (1911); *Panamericanismo*, de OLIVEIRA LIMA (1907), y *Nuestra América*, de Carlos Octavio BUNGE (1903), las cuales analiza Francisco GARCÍA CALDERÓN en *La creación de un continente* (1913), reeditada en Biblioteca de Ayacucho, núm. 44, Caracas, 1979, págs. 254-260.

(2) Expresión utilizada por F. GARCÍA CALDERÓN en el prólogo de *La creación de un continente*, pág. 222. Las páginas entre paréntesis intercaladas en el texto remiten a la edición de la obra por la Biblioteca de Ayacucho en Caracas, 1979.

(3) Los más importantes se celebraron en 1826, 1847, 1856, 1864.

fatiza su homogeneidad social —considera que la unidad de lengua y composición social, de religión y tradición conforman una unidad por encima de los límites que separan naciones— y ataca las imágenes forjadas sobre la América latina en Europa, a las que cabría considerar una versión renovada de la «calumnia de América» (página 248).

A semejanza de sus compañeros de generación, cuyas obras se orientan por la premisa de «oponerse es afirmarse», Francisco García Calderón realiza un análisis de las amenazas que se ciernen desde el exterior sobre la independencia latinoamericana. En esta cuestión la originalidad de su planteamiento radica en dos aspectos. En primer lugar, denuncia no sólo el imperialismo norteamericano como solían hacer los intelectuales y políticos de la época, sino también los otros imperialismos actuantes en la América latina como el inglés, el alemán y el japonés (4), avizorando cómo las naciones latinoamericanas eran también un escenario de las luchas entre los Estados imperialistas que darían lugar un año más tarde de publicarse *La creación de un continente* al estallido de la Primera Guerra Mundial.

En segundo lugar, realiza un interesante análisis de los móviles y contenidos del movimiento ideológico del panamericanismo. Así, denuncia cómo tras el primer Congreso panamericano, celebrado en Washington en 1889, se añadió el monroísmo económico al monroísmo tradicional, al establecerse diversas medidas económicas favorecedoras de los intereses norteamericanos. Advierte cómo la acción política de los partidos norteamericanos está mediatizada por la naturaleza imperialista de la economía estadounidense, por lo que constata que el partido demócrata, a pesar de su discurso ideológico, no renunciaría al legado colonial del partido republicano, ni abandonarían los privilegios comerciales de los que gozaban los EE. UU. (p. 234). No obstante, inserto en una tradición liberal, y a pesar de resaltar cómo el panamericanismo era una ficción que daba a la vecindad territorial una significación trascendente, desdeñando todos los antagonismos de raza, religión, lengua y tradiciones, queda aprisionado por su ideología, y considera a los EE. UU. como la nación depositaria de los valores democráticos, admitiendo que en la América del Sur podía hacer de árbitro en los conflictos internos hispanoamericanos. Rechaza pues la política imperialista, expansionista, de los EE. UU., ya que siguiendo el axioma de Guyau —«poder engendra deber»— constata que el exceso de la fuerza adquirida imponía a los EE. UU. una posición

(4) Este análisis lo realiza en su obra *Las democracias latinas de América*, reeditada en la Biblioteca Ayacucho, núm. 44, Caracas, 1979, págs. 1-216.

tutelar en el Nuevo Mundo, pero simultáneamente reclama que ejerza una función pedagógica, mediadora en Hispanoamérica por la autoridad moral que tenía la nación norteamericana (pp. 237-239).

Especial interés tiene el estudio que realiza Francisco García Calderón de las dificultades internas que surgieron en el propio continente latinoamericano para lograr la unidad, lo que obstaculizó que la «nacionalidad continental» tuviese una concreción política.

Así, tras analizar el boicot argentino al Congreso de 1856 de Lima, sostiene que «fatalidades geográficas separan a los pueblos en la América latina, por lo que imponer la unidad política a dispersas naciones sin crear intereses, sin vincular territorios, sin reconstruir naciones estérilmente divididas, era un designio utópico», aunque reconoce influido por su neoidealismo bergsoniano (5) que la «eficacia que atribuimos a un ideal es la primera etapa de su realización; la fe que en él se tiene es virtualidad creadora» (p. 230).

Manifestaciones de estos obstáculos internos que debilitaron el impulso unitario fueron la guerra del Paraguay (1865-1870) y la guerra del Pacífico (1879-1883) (pp. 231-232).

Mediatizado por su nacionalidad peruana al encarar el problema de la «nacionalidad continental» elude hacer alusiones al conflicto peruano-ecuatoriano de 1859. Se limita asimismo a describir tales conflictos, pero no hace un análisis de las contradicciones internas hispanoamericanas (6).

Motivado por su firme creencia de la necesidad de «crear el continente» sobre bases sólidas enfatiza cómo «al americanismo que unifica las patrias y olvida las querellas» se oponen los inte-

(5) Además de Bergson, en su neoidealismo hay influencias de Boutroux, Eucken y Guyau, según Luis Alberto Sánchez, Prólogo, XVI, en Francisco García Calderón [1].

(6) Este esfuerzo lo realiza, por ejemplo, Bernardo SUBERCASEAUX en *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*. Santiago de Chile, 1981, donde estudia la visión de la elite liberal chilena acerca de los EE.UU. entre 1850 y 1870, y considera que la admiración de Lastarria en sus trabajos de los años 1860 se debe a que se convierte por entonces en el portavoz de la fracción burguesa minera librecambista vinculada con el capitalismo internacional, mientras que relaciona la yanquifobia de Justo Arteaga Alemparte con su imbricación con la naciente burguesía nacional.

Se hace necesario en esta reflexión analizar entre otras cuestiones la conformación de las burguesías nacionales en los Estados hispanoamericanos y cómo generan un sentimiento nacional, que eventualmente puede convertirse en agresivo respecto a los otros Estados vecinos, y hasta dónde en estos conflictos tales burguesías o protoburguesías nacionales actúan autónomamente o son teledirigidas por intereses foráneos representados, por ejemplo en el caso de la guerra de 1879 del Pacífico, por el imperialismo británico.

reses nacionales» y analiza con detenimiento el movimiento intelectual político de la «restauración nacionalista» (7), muy pujante, sobre todo, en el Plata (pp. 262-271).

Es de destacar cómo Francisco García Calderón constata que tal movimiento nacionalista, fundado en el estudio de la historia, a la que se considera escuela de patriotismo, «más firme que el americanismo se impone a la nueva juventud» (p. 262).

Al valorar los contenidos de este nacionalismo adopta una actitud ambigua. Considera que dentro de ciertos límites la restauración nacionalista es útil, pues «tolerar en las escuelas como idioma principal una lengua exótica, considerar el cosmopolitismo como estado definitivo en el Plata y en otras democracias americanas, olvidar lo nacional por lo extranjero, la tradición por las modas importadas, es aceptar un suicidio moral» (p. 265), y además en pueblos divididos es agente de unidad contra los imperialismos. Por estas razones sitúa a la propaganda nacionalista en la corriente de firme americanismo, ya que el nacionalismo eficaz contribuye a la solidaridad americana (p. 267), pero advierte contra la transformación del nacionalismo en chauvinismo, en la desviación del amor a la patria en agresiva megalomanía, señalando cómo los efectos del nacionalismo al interior del Continente pueden ser peligrosos, ya que facilitando la división se prepara la conquista extranjera (p. 269).

Estas consideraciones de Francisco García Calderón atañen a los problemas con los que nos enfrentamos al abordar el estudio del nacionalismo.

En efecto, sabemos que el nacionalismo, históricamente, ha sido un fenómeno contradictorio: así, mientras el «nacionalismo democrático» se ha caracterizado por ser liberador y progresivo muchas veces, el «nacionalismo integral» ha sido reaccionario y opresor otras muchas, cuando la exaltación emocional y exclusivista

(7) Algunas de las obras representativas de este movimiento serían: *La restauración nacionalista*, de Ricardo ROJAS; los trabajos de Manuel GÁLVEZ, y los estudios históricos de la escuela historiográfica chilena, del argentino Juan Agustín GARCÍA, como *La Ciudad Indiana*, y del peruano José de la RIVA AGÜERO, como *La Historia del Perú*. El historicismo de este movimiento de la restauración nacionalista se revela en esta definición de José de la Riva Agüero: «La patria es una creación histórica. Supone no sólo la cooperación de todos los compatriotas contemporáneos, sino la mancomunidad de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero.» Sobre la evolución del pensamiento político de Gálvez, ver Mónica QUIJADA, *Manuel Gálvez, sesenta años de pensamiento nacionalista*, Centro Editor de América Latina, Biblioteca de Política Argentina, núm. 102, Buenos Aires, 1985, y «Utopía y realidad en el pensamiento nacionalista argentino. Manuel Gálvez», en *Revista de Indias*, 1985, núm. 176, págs. 523-556.

de la idea de patria ha justificado acciones agresivas contra otros pueblos.

Si en el pensamiento de ciertos autores, como Manuel Ugarte, pareciera no existir una disyunción y contraposición entre el nacionalismo local y el continental (8), en los planteamientos de Francisco García Calderón existe una mayor conciencia de los posibles antagonismos entre ambos tipos de nacionalismo. Así critica las tesis defendidas por Manuel Ugarte en *El porvenir de la América latina*, pues considera que los pueblos de América aspiran espontáneamente a la discordia, de manera que según Francisco García Calderón «ante los perpetuos conflictos americanos, sólo es posible pensar en conglomerados de dos o tres naciones afines; la vasta congregación del Continente parece irrealizable» (p. 258) (9).

Como señalábamos anteriormente es imprescindible en toda reflexión que se realice sobre el problema de la nacionalidad continental prestar atención a las interrelaciones y mediaciones entre ambos tipos de nacionalismos —el local y el continental— y estar alertas ante la constitución de «nacionalismos agresivos».

Francisco García Calderón fue un prominente «civilista». El civilismo fue la corriente ideológico-política que dio el tono a la República aristocrática peruana de 1890 a 1920, y como tal civilista representa los intereses de lo que cabe considerar una burguesía nacional. Tal origen de clase limita su nacionalismo. A diferencia de sus compañeros de generación, que sólo aspiraban a curar el «continente enfermo» sin proponer soluciones, esboza un programa político con el que lograr una progresiva autonomía económica, política y cultural para la América latina. En tal programa se revela su concepción elitista de la sociedad y el deslizamiento de su liberalismo hacia actitudes corporativas y autoritarias. Así, al plantear cómo a través de la educación se ha de conseguir la transformación social establece un sistema formativo discriminatorio y clasista: las élites que formarían la aristocracia intelectual se educarían en las universidades, mientras que la muchedumbre se instruiría en escuelas de artes y oficios, en *realschule*, de imitación alemana. Este proyecto educativo parece seguir los consejos de Renan, quien dirigiéndose a los obreros había escrito que debían dejar a los intelectuales: «que hagamos nuestra tarea y la vuestra» (10).

(8) Arturo Andrés Roig: «Nacionalidades, nacionalidad continental y cultura en nuestra América», *Tareas*, núm. 50, Panamá, agosto-diciembre 1980, pág. 86.

(9) En *Las Democracias Latinas* explica el sentido necesario de esas federaciones parciales.

(10) Al decir de Luis Alberto Sánchez, Renan inspira parcialmente las

Francisco García Calderón, como «civilista», parte de la tradición liberal. En diversas partes de la obra se constata su liberalismo. Hace una interpretación democrática del hispanismo cuando analiza el movimiento ideológico del paniberismo (pp. 239-243), al considerar que uno de los aspectos más interesantes del paniberismo sería la conquista de España por América; argumenta que es tarea de los intelectuales hispanoamericanos contribuir a la «europeización» de España, en el sentido de liberalizarla o democratizarla (p. 242)(11). Resalta que América es un continente liberal (página 252). Se adhiere a la consigna de «poblar es democratizar», basándose en las doctrinas de Durkheim (12) y Bougle, que demostraron la influencia de la densidad social en el desarrollo de las ideas igualitarias (p. 283). Aboga por un programa agrario de corte liberal democrático, análogo a los implementados en España e Inglaterra por los radicales Canalejas y Lloyd George (p. 285).

Pero simultáneamente, el pensamiento conservador también se hace presente sin ambages. Justificando sus planteamientos con las tesis de Le Bon, Tarde, Sighele, critica al parlamentarismo, defiende una reforma corporativa de las asambleas representativas y plantea la necesidad de gobiernos fuertes, ilustrados (pp. 292-293). Asimismo, ataca al socialismo y al anarquismo como doctrinas de regeneración social (pp. 285-286).

Influido por el hecho de que sólo confía en las elites, en la aristocracia de los más capaces para regir las sociedades latinoamericanas, las clases populares sólo aparecen en su obra como una multitud analfabeta. Criollo limeño, se despreocupa de la condición del indio. La única fuerza histórica a la que dedica atención es a la clase media (p. 284).

Cabría incluir por tanto al pensamiento de Francisco García Calderón en el bolivarismo paternalista de los positivistas (13).

Por tales razones, el bolivarismo de Francisco García Calderón nos ofrece pocos elementos para reflexionar sobre la conformación de una cultura nacional popular latinoamericana. El no prestar atención a la cultura de las nuevas clases sociales emergentes es

tesis idealistas de *La creación de un continente*. Prólogo, págs. XII-XIV, en Francisco García Calderón [1].

(11) Sobre este movimiento ver el excelente artículo de José Carlos MAINER "El hispanoamericanismo, un capítulo del regeneracionismo (1892-1928), en TUÑÓN DE LARA (y otros), *Ideología y sociedad en la España contemporánea*. VII Coloquio de Pau. Madrid, 1977.

(12) Expuestas en su obras *De la division du travail social*, París, 1893, y *Les Idées Égalitaires*, París, 1899.

(13) Arturo Andrés ROIG: *Bolivarismo y Filosofía Latinoamericana*, FLACSO, Quito, 1984, págs. 43 y ss.

una de las grandes limitaciones de su pensamiento latinoamericanista. Cabe preguntarse si en definitiva el nacionalismo antiyanqui de este criollo no hacía más que favorecer los intereses de unas incipientes burguesías nacionales que no deseaban competidores en el mercado latinoamericano.

LEONCIO LOPEZ-OCÓN CABRERA

Departamento de Historia de América
Centro de Estudios Históricos, CSIC